

El cuerpo de los urbanitas

The Urbanite Body

Néstor Casanova Berna

Universidad de la República

Montevideo - Uruguay

Orcid: 0000-0002-3013-7249

nestor.casanova.1958@gmail.com

Resumen

En el presente artículo se propone afrontar el habitar urbano desde el seguimiento atento de la actividad cotidiana de las personas que pueblan la ciudad. Se trata de observar los modos en que los urbanitas excavan el lugar urbano para conferirle una peculiar, distintiva y leve arquitectura blanda que roza los espacios públicos y privados urbanística y arquitectónicamente construidos. Es desde una Teoría del Habitar que acaso se vuelva posible comprender mejor la contextura efectivamente vivida del territorio urbano. Se compara, entonces el modo en que el propio cuerpo de los urbanitas sirve de figura directriz de una de las mayores obras de arte comunitarias realizadas por la humanidad, que es la misma ciudad. A esto sigue una consideración especial sobre ciertas actividades o gestos fundamentales que las personas habitantes realizan en su habitar cotidiano, con el que configuran una concreta arquitectura de lo urbano. Este conciso repaso se cierra sobre cómo la arquitectura de la ciudad construida constriñe y afrenta la frágil constitución de la vida urbanita en la actualidad.

Palabras clave Teoría del Habitar, Habitar, Ciudad, Urbanita

Abstract

This article proposes tackling urban dwelling by closely monitoring the daily activity of the people populating the city. It attempts to observe the ways in which urbanites carve out the urban landscape in order to confer upon it a peculiar, distinct, and light, soft architecture that borders the urbanistic and architecturally constructed public and private spaces. It is from a Dwelling Theory that it even becomes possible to better understand the context that is actually experienced in the urban territory. A comparison is therefore

made between the manner in which the body of the urbanites themselves serves as the guideline for one of the major community works of art made by humanity: the city itself. This is followed by a special consideration regarding certain fundamental activities or gestures that the inhabitants realize in their daily lives, comprising a concrete urban architecture. This concise review concludes with how the architecture of the constructed city restricts and offends the fragile constitution of today's urbanite.

Keywords Dwelling Theory, Dwelling, city, urbanite

La ciudad es la realización del viejo sueño humano del laberinto. Esta realidad es la que persigue el flâneur sin saberlo. Walter Benjamin

Poner el cuerpo

La empresa de habitar el paisaje urbano comienza por poner el cuerpo. Esta operación no se reduce a un simple, obvio y rotundo irrumpir, sino que implica proponer una actitud y también instaurar una significación. Desde ya podemos estar advertidos que el cuerpo no constituye una entidad sencilla e incontrovertible, sino una compleja construcción simbólica. Y poner el cuerpo supone proponer un modo de ocupar y poblar el lugar habitado, a la vez que tensar una profunda relación entre una emergencia signifiante y un hondo contenido de significado, que no es otro que señalar, de modo concreto, un aquí y ahora desde donde todas las cosas del vivir conseguirán adquirir un peculiar y distintivo sentido.

A efectos de ilustrar estas aseveraciones iniciales, cabe evocar la figura elaborada por Leonardo da Vinci con respecto al hombre según Vitruvio¹. En los albores de la Modernidad, el artista del Renacimiento rescata un arcano proveniente de la reflexión arquitectónica de la antigüedad clásica. El cuerpo humano es el portador de una cifra manifiesta que confiere medida y proporción al cosmos. Se trata de una figura de varón, caucásico, adulto, franco y desafiante. El cuerpo se yergue firme tanto sobre la horizontal como por la geometría que lo informa y confirma. La figura es canónica, universal, eterna. Leonardo ha entendido cómo es que se pone el cuerpo en la renacida ciudad: con un

¹ Véase en [Vitruvian Man by Leonardo da Vinci - Hombre de Vitruvio - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)

acto de grave vindicación del poder sobre las cosas de vivir. Al elaborar su más que presente figura, se perfila el emblema de una operación simbólica de apropiación de la ciudad moderna y del imperio de una forma de concebir el propio cuerpo habitante.

Si uno recorre con paciencia el torrente de imágenes que se alojan en el museo virtual de Internet, puede toparse, si la fortuna le acompaña, con una intrigante fotografía de Marc Lagrange². Su carácter de contrafigura a la ilustración de Leonardo es tan rotundo, que es dable pensar en una meditada contestación artística, a la vez que la formulación de un modo contemporáneo de poner el cuerpo. En efecto, allí se registra la presencia de una muchacha africana, situada en el umbral fronterizo entre la adolescencia y la primera juventud, así como erguida de modo perplejo sobre una estructura en equilibrio inestable. Es que estamos en la fase tardía y crepuscular de la Modernidad. La actitud del cuerpo ahora es insegura, seductora, hermética. Las marcas de género, étnicas y etarias son portadoras de una clara contestación a las pretensiones canónicas y universales de la figura vitruviana: lo humano es hoy entendido en su diversidad de expresiones, en la concurrencia de circunstancias de espacio y tiempo, en una constitutiva fragilidad que, no obstante, se presenta con silenciosa contundencia. Así es que ponemos el cuerpo en la ciudad contemporánea.

Las representaciones del cuerpo y los saberes acerca del cuerpo son tributarios de un estado social, de una visión del mundo y, dentro de esta última, de una definición de la persona. El cuerpo es una construcción simbólica, no una realidad en sí mismo. De ahí la miríada de representaciones que buscan darle un sentido y su carácter heteróclito, insólito, contradictorio, de una sociedad a otra. (Le Breton, 1990, pág. 12)

En definitiva, en la tensión teórica y simbólica entre estas dos representaciones artísticas del cuerpo encontrará lugar una reflexión sobre el cuerpo de los urbanitas, esto es, acerca de la construcción simbólica construida a partir de la experiencia de habitar la ciudad, allí donde se encuentra un aquí y ahora constitutivo. Desde una novedosa configuración proyectiva de lo social y económico sobre el territorio, que da lugar a la naciente ciudad moderna en el Renacimiento europeo, a la situación contemporánea, en que parece que la ciudad se habría postrado en una crisis que la deslíe en una urbanización difusa, hay toda una formación material, un modo de producción dominante y una dinámica propia y distintiva que la sustenta. La ciudad ha dejado de constituir un

² Véase <http://losgrandesfotografos.blogspot.com/search?q=Marc+Lagrange+%281957-2015%29>

lugar simplemente habitado para transformarse en un frenético operar con el espacio operacionalizado, producido, explotado y consumido bajo el modo capitalista de producción y sujeto al funcionamiento omnímodo del mercado. A esta ciudad le hemos puesto el cuerpo según dos disposiciones del todo antitéticas: a la historia urbanística de la modernidad le corresponde, punto por punto, la evolución respectiva de las figuras de lo humano.

Es en la ciudad moderna en donde es factible separar el ser humano del cosmos, rearticulando las figuras del cuerpo y del lugar que puebla. A la vez, es factible en el nuevo orden social separar al individuo de sus semejantes, rearticulando los papeles diversos de los agentes económicos. Pero también se realiza una depuración del propio cuerpo con respecto al ser humano, al rearticular el moderno dualismo cuerpo-alma. *“La definición moderna del cuerpo implica que el hombre se aparte del cosmos, de los otros, de sí mismo. El cuerpo es el residuo de estas tres contracciones.”* (Le Breton, 1990, pág. 50). Son estos, en definitiva, los rasgos definitorios de la figura del cuerpo: las tres rearticulaciones críticas que contornean su representación simbólica.

De Vesalio a Descartes, de la *Fabrica* al *Discurso del método*, se produjo el duelo en el pensamiento occidental: en un determinado nivel, el cuerpo se purifica de toda referencia a la naturaleza y al hombre al que encarnaba. En Descartes al cuerpo se le aplica una metáfora mecánica, hecho que demuestra un deslizamiento. A la inversa, la metáfora orgánica se vuelve más rara y designa el campo social. El individualismo ganó un importante terreno. El cuerpo, «modelo por excelencia de todo sistema finito», según señala Mary Douglas, deja de ser apropiado para representar una colectividad humana cuya dimensión holista comienza a distenderse. Entre los siglos XVI y XVIII nace el hombre de la modernidad: un hombre separado de sí mismo (en este caso bajo los auspicios de la división ontológica entre el cuerpo y el hombre), de los otros (el *cogito* no es el *cogitamus*) y del cosmos (de ahora en más el cuerpo no se queja más que por sí mismo, desarraigado del resto del universo, encuentra el fin en él mismo, deja de ser el eco de un cosmos humanizado). (Le Breton, 1990, pág. 62)

Aquello que en la antigüedad clásica fue un oscuro atisbo, se consigue revelar apenas quince siglos después, en las precisas condiciones sociales en que es posible proponer que el mundo se ha puesto a la medida de la figura vitruviana de Leonardo. No es exactamente el cuerpo del hombre la cifra, sino la ilustración comprensible de una racionalización, de una codificación que tiene a la geometría abstracta como instrumento verificador (Le Breton, 1990, pág. 68s). El aplomo de la figura es la actitud del sujeto del capitalismo naciente, que abre lugar a la idea de un mecanicismo fundamental, mientras

que la apertura franca de los brazos no disimula un talante conquistador del mundo (Le Breton, 1990, pág. 81). En efecto, es entonces cuando *todo está por hacerse* y de este modo es que se pone el cuerpo a habitar la ciudad y el mundo.

Hoy estamos muy lejos ya de aquellos tiempos inaugurales. Hoy estamos contemplando, perplejos, su crepúsculo. Por eso es que el cuerpo que podemos poner ahora es uno estremecido por la inminencia del atravesamiento de un umbral. Estamos abriendo la puerta a una nueva forma de conciencia, la que sigue entendiendo al cuerpo como medida de todas las cosas, pero ya no un arquetipo ideal, abstracto y normativo, sino en la forma de una inquietante realidad concreta y hondamente circunstanciada. Recién ahora la figura articulada del cuerpo se reúne con la materialidad concreta del urbanita, a la vez que contemplamos cómo la ciudad en que habita es un paisaje que se padece. Ya no es posible envolver la idealidad del cuerpo en una geometría sencilla y operativa. Ya no nos es posible la ilusión del aplomo por sobre las cosas del mundo, sino una profunda conciencia de fragilidad. Ya no nos es posible seguir soslayando el examen concreto de lo que los cuerpos diversos de los urbanitas consiguen realizar en la materia fluida de lo urbano.

El cuerpo puesto a obrar

Mientras que la operación de poner el cuerpo en su lugar implica una empresa con connotaciones trascendentes, el obrar cotidiano del cuerpo urbanita merece el tratamiento riguroso de una Teoría del Habitar que indague en los modos concretos en que el cuerpo, puesto a obrar, practica de un modo arquitectónico en la sustancia de lo urbano. Esto, porque se advierte que la figura performativa de lo urbano, la arquitectura blanda que se manifiesta al habitar la ciudad, tiene un contacto punto por punto con ciertas prácticas fundamentales del cuerpo de los urbanitas. Una vez examinadas tales prácticas, acaso se comprendan mejor tanto la configuración humana concreta de la realidad urbana, así como se entiendan todas las injurias que una ciudad —que ha soslayado su carácter de lugar habitable— inflige en la sufrida piel de sus urbanitas.

Es que en la zona de fricción entre la ciudad y el cuerpo de los urbanitas se despliega la vida cotidiana:

El flujo de lo cotidiano, con sus costumbres escandidas, tiende a ocultar el juego del cuerpo en la aprehensión sensorial del mundo que lo rodea o en las acciones que el sujeto realiza. Situar el cuerpo a través de las pulsaciones de

la vida cotidiana es insistir en la permanencia vital de las modalidades propias, en el carácter mediador entre el mundo exterior y el sujeto. La experiencia humana, más allá del rostro insólito que adopte, está basada, por completo, en lo que el cuerpo realiza. El hombre habita corporalmente el espacio y el tiempo de la vida. Pero, como ya lo hemos dicho, la evidencia de la exposición eclipsa el dato. (Le Breton, 1990, pág. 115)

Lo urbano, aquello que Henri Lefebvre distinguía de la materialidad construida de la ciudad, (Lefebvre, 1968 / 2020, pág. 1164) no es otra cosa que la realización performativa de las coreografías complejas de los cuerpos de los urbanitas, en su heteróclita concurrencia. Lo urbano es la realización concreta del obrar práctico de los cuerpos que habitan la ciudad y revela, con la acción, su arquitectura fundamental. En este sentido, el obrar de los cuerpos es una modalidad social de producción antagónica y recíproca al modo hegemónico de producción propio de empresarios, urbanistas, arquitectos y administradores públicos. Estas prácticas responden a los impulsos, ritmos y evoluciones de la vida de lo urbano, con lo que las ciudades se estremecen henchidas de sentido humano.

Por lo que parece, habría al menos tres prácticas del habitar del cuerpo y estas serían: el andar, la estancia y el atravesamiento de umbrales. Se trata en este caso de prácticas corporales del habitante de una arquitectura del lugar reducida a sus rasgos distintivos fundamentales: sendas, ámbitos y umbrales. En el caso que nos ocupa, se trata de examinar la índole diferencial de cada práctica tal como se verifica en un paisaje urbano. A las prácticas corporales de estas sendas, ámbitos y umbrales se las puede entender como *ocurrencias urbanitas*, esto es, situaciones en donde el cuerpo habitante de la ciudad tiene efectivo suceder (Casanova Berna, 2021). De momento, parece que esta tríada constituiría una estructura sintética o cerrada sobre sí misma, aunque no es posible aún indicar de modo riguroso las razones para una eventual exhaustividad.

David Le Breton ha realizado un encendido elogio del andar humano:

La facultad propiamente humana de dar sentido al mundo, de moverse en él comprendiéndolo y compartiéndolo con los otros, nació cuando el animal humano, hace millones de años, se puso en pie. La verticalización y la integración del andar bípedo favorecieron la liberación de las manos y de la cara. La disponibilidad de miles de movimientos nuevos amplió hasta el infinito la capacidad de comunicación y el margen de maniobra del hombre con su entorno, y contribuyó al desarrollo de su cerebro. La especie humana comienza por los pies, nos dice Leroi-Gourhan (1982, 168), aunque la mayoría de nuestros contemporáneos lo olvide y piense que el hombre desciende simplemente del automóvil. (Le Breton, 2000, pág. 7)

Apenas si cabe agregar que cada sujeto, en el curso de su propia peripecia vital, experimenta en carne viva el principalísimo aprendizaje de erguirse y comenzar a marchar. Y es un recurso de aprender a aprender inscrito en todo el cuerpo que acompaña la extendida crianza del cachorro humano. El laberinto que hemos de recorrer, de modo ineluctable, se abre ante nosotros como una constitución mundana peculiarmente señalada: desde este entonces, todo será andar, según un oscuro y particular derrotero durante el cual haremos de la senda que se nos abre un concreto e ineludible tiempo vivido.

Así, hay un sentido propiamente humano en el ponerse a andar, asociando a esta práctica corporal un discurrir existencial. No se trata sólo de un pensar ritmado con los pasos, sino de una manera de habitar el mundo. *“Caminar es un método tranquilo de reencantamiento del tiempo y el espacio.”* (Le Breton, 2000, pág. 12). La marcha constituye una autodisciplina para habitar el lugar vivido: porque hay un modo especial y apacible en que las cosas del mundo quedan disponibles para un escrutinio andante y porque los tiempos de sujetos y escenas consiguen una precisa sincronización.

Es quizá preciso distinguir entre diversas modalidades de andar. Por un lado, las urgencias ordinarias nos impulsan a marchar de modo decidido venciendo la distancia entre la partida y la meta sin quizá otra reflexión que la pura ansia por conseguir llegar. Este marchar funcional informa tanto a la cotidiana circulación corriente, así como a la excepcional ritualización de la protesta social, en donde el andar escenifica un anhelo vindicativo. Pero a esa marcha acuciante se le opone en todas las formas de la errancia, el ejercicio dinámico y relajado del pasatiempo, la ventilación apacible del espíritu. En las errancias el puro movimiento informa a una práctica de la irresolución, en donde alguna novedad del mundo llegará a pausarnos el paso, porque mientras deambulamos no hacemos otra cosa que darles a las cosas del lugar la oportunidad de irrumpir. Pero es en el discurrir, que se opone tanto a la marcha expeditiva como a la distraída errancia, que el cuerpo se apropia de sí mismo y de la facultad de imponerse un ritmo cierto para afrontar el mundo tal como se adivina que sobrevendrá. Porque en el discurrir es que ejercemos a cabalidad la plenitud de las facultades para entender el itinerario como el lugar habitado en el que perseguimos, más allá del punto en el horizonte que tengamos en vista, adónde es que sería oportuno llegar.

Toda ciudad es una superposición de laberintos en donde los cuerpos andariegos son practicantes de un modo particular de hacer que lo urbano tenga efectivo lugar. Calles, sendas, avenidas y bulevares no sólo deben abrir paso a las marchas, sino también amparar las errancias y los andares meditabundos. Los cuerpos de los peatones tienen derecho humano a construir la sustancia de la condición situada con sus itinerarios. En este sentido, la reducción funcional de las prácticas corporales del andar a la pura y mecánica circulación constituye una reducción mutiladora de una condición humana constituyente. Por ello, la ciudad a la que tenemos derecho sus urbanitas es aquella que más prolifera en senderos antes que en autopistas.

Alicia Lindón enumera, desde la perspectiva de la geografía urbana, un conjunto de microsituaciones urbanas, instancias señaladas de construcción socio-espacial de la ciudad, dentro de las cuales cobra un especial interés la consideración de escenarios urbanos fijos, que aquí son caracterizados como estancias urbanitas:

El sujeto cuerpo se constituye en el medio para el desarrollo de cierta práctica. La lógica corporal es de tipo utilitaria. El cuerpo deviene un medio para hacer algo en un lugar, para desarrollar una práctica. Una de sus expresiones más usuales es el caso del sujeto cuerpo vendedor ambulante y/o informal, para quien esa espacialidad del cuerpo en un lugar abierto es el medio para realizar su actividad laboral. En estos casos se pone en juego una lógica espacial de "estar en el lugar", de permanecer en él. Por esta espacialidad del estar allí, el sujeto cuerpo desarrolla formas de apropiación del lugar, tanto en cuanto a ciertos marcajes físicos del lugar (a veces, verdaderos acondicionamientos materiales del lugar público, realizados ad hoc para la práctica laboral), y también se produce una apropiación resultante de un identificarse con el lugar y otorgarle una identificación al lugar por la práctica laboral allí desarrollada por el sujeto. Esta apropiación del lugar puede ir acompañada de una afectividad de tipo topofílica, un aprecio por el lugar en el cual se está, se permanece y se trabaja. El lugar está más o menos fijo y demarcado, aunque ese escenario está inserto en un segmento del ciclo del tiempo cotidiano. (Lindón, 2009, pág. 14s)

En tales estancias, el cuerpo sienta sus reales para disponer en torno suyo una práctica habitable especialmente localizada: residir, trabajar, estudiar, descansar... La ocurrencia se detiene en un lugar mediante la apropiación de un tiempo, ya meramente una pausa en el camino, ya una estancia episódica, ya un establecimiento regular y referente con respecto a una ciudad que se practica como un sistema complejo de ámbitos. En todo caso, hay una *topofilia*, esto es, una adhesión sentimental a un emplazamiento que fija el cuerpo en un aquí y ahora constituyendo, a la vez, presencia y presente. El habitar de las estancias se constituye mediante una querencia, a costa de un

conformado de perduración. Una estancia, como práctica corporal habitable, impone una apropiación espaciotemporal haciendo lugar a un hincarse sésil en un reducto territorial.

Esta constitución de estancias supone una segunda modalidad fundamental de práctica corporal habitable. Pero es la estancia la modalidad en la que primero se piensa cuando se evoca el habitar en términos generales o abstractos. Es posible que esto se deba a que, desde el punto de vista evolutivo y cognoscitivo, la emergencia del sentido de la detención y del afincamiento sea más reciente que la vivencia más primitiva del andar. En todo caso, se trata de una adquisición cognoscitiva una vez que a la inaugural errancia se le articula la detención como realización existencial.

Así las cosas, al habitar un lugar se le tiene, como creencia y práctica paradigmática, el permanecer en un ámbito protector y comfortable, cuestión por completo desdeñada por el funcionalismo mecanicista moderno:

Allí donde reina la funcionalidad de la casa o del espacio urbano se reduce la experiencia sensorial y física, o se desliza hacia la molestia, y se convierte, al final, en algo incómodo. Cuando Hölderlin dice que el hombre habita poéticamente, subraya la necesidad de un imaginario de la casa, del barrio. Y este suplemento en el que se construye el placer de existir en un lugar en el que uno puede reconocerse es casi inexistente para el hombre occidental. (Le Breton, 1990, pág. 124s)

El habitar poético del ser humano implica mucho más que servirse de un bien útil. El habitar humano es una consumación de la existencia en la arquitectura del lugar y no puede ser reducido a un conjunto de solicitaciones, demandas o necesidades discreta y arbitrariamente definidas y que deben satisfacerse recíprocamente en las maniobras del uso. El funcionalismo moderno ha reducido la clásica *utilitas* a una operativa y abstracta relación sujeto-máquina y con ello ha empobrecido el sentido del habitar. Ocupar un ámbito, poblar una estancia, sentar los reales en un sitio tiene que comprenderse como la realización poética de un modo de ser constitutivo de la condición situada del hombre, una proyección de todo el cuerpo allí donde, mediante la presencia, el sujeto se enseñorea de un territorio donde tiene efectiva ocurrencia.

Porque las estancias pueden apenas conformar pausas en un andar, detenciones sin otro propósito de recobrar fuerzas, confirmar derroteros y proseguir, el cuerpo experimenta en su esforzada constitución cómo es apropiado —y apropiable— detenerse o permanecer en algún enclave, siquiera como etapa intermedia en un largo recorrido

vital. Quizá sea precisamente en estas pausas que el itinerario tenga la oportunidad de ser entendido como un suceso articulado en etapas, como una progresión. Toda vez que la pausa se prolongue en la vivencia y permita una módica apropiación de un tiempo cierto, el cuerpo ocurrirá en una congruente apropiación eventual de un lugar. Si el andante es un cuerpo empujado hacia adelante por el tiempo en la marcha, en la estancia provisoria quien consigue el reposo en una mesa de cafetería o incluso el descanso en el lecho de una posada cuenta ahora con una duración que vuelve propia y referida sobre un aquí. Pero si se elige un sitio adecuado para establecerse y constituir morada, esto es, fijar el punto de todas las partidas y vueltas cotidianas, se consigue encontrar, en el laberinto urbano, la oportunidad para sobresignificar la estancia: contamos, por fin, con una choza humilde y originaria, un ámbito propio y señalado en el dédalo vital.

El sentido de la estancia proviene de la construcción proliferada de ámbitos por obra de las fatigas del andar. Llega más temprano o más tarde la opción por señalar un ámbito especial de referencia, allí donde constituiríamos morada para poner a salvo de la intemperie la existencia del cuerpo. Este ámbito tan caro para nosotros comienza por hincar hondo en la superficie del suelo un aquí referente, un patrón de tiempo constituido por un extendido ahora para desplegar en su derredor un continente cabalmente propio. Tras el umbral nos aguarda, insondable, un abismo interior en donde atesoramos la miríada de cosas de vivir. Y en el rincón más recóndito, en el reducto más a salvo, en el recipiente más íntimo, guardamos como el mejor atesoramiento existencial el sueño, el recuerdo, la sombra y la impronta de nuestra ya distante morada originaria, allí donde lejos y hace tiempo nos erguimos y nos lanzamos a andar.

Con mucho, la práctica corporal más intrigante y sofisticada la constituye el atravesamiento de umbrales:

Experimentar el poder de los umbrales significa advertir que la cercanía y la distancia se activan simultáneamente en esa dialéctica de la comparación: la acción separadora de los umbrales establece la diferencia entre zonas adyacentes. Por lo tanto, la cercanía es operativa al crear la lejanía de la diferencia. No obstante, al mismo tiempo, los umbrales unen, acercan esas zonas que la diferencia tiende a mantener apartadas. Los umbrales tienen la capacidad de crear cercanía a partir de las distancias, sin las cuales las diferencias no podrían constituirse mutuamente como los «otros». (Stavrides, 2016, pág. 1538)

Toda arquitectura habitada termina por constituir una ordenada y sistemática articulación de ámbitos diferenciados, los que mediante un juego recurrente de atravesamientos corporales imparten en el lugar el ritmo de la vida humana. Al ser humano le es preciso, en efecto, conectar a la vez que separar, unir a la vez que diferenciar, oponer a la vez que equiparar. Un umbral, a la vez que conecta dos estancias diferentes, articula, mediante la operación del cuerpo, un pasado que se deja atrás en beneficio de un advenimiento. Cada vez que un cuerpo traspone un umbral hay algo irrevocable, hay una adquisición cognoscitiva, un gesto ético, una poética del irrumpir dramático. Ningún umbral se cruza sin consecuencias, aunque las preocupaciones del día a día nos distraigan del preciso instante en que lo atravesamos. Hay que notar que podemos desandar un camino y abandonar facultativamente la estancia en un ámbito, pero nunca podemos deshacer el cruce de un umbral que hemos atravesado para siempre. Porque el tiempo al que le damos la espalda en el umbral se hunde de modo inevitable en el pasado.

De esta manera, los umbrales más frecuentados por la vida cotidiana, los más distraídos por la vida corriente, los más tenues por la sevicia de la habituación, no se dejan atravesar sin unos leves estremecimientos: el tiempo, en su transcurrir, consigue conmover los registros más recónditos del cuerpo. La existencia más rutinaria, entonces, resulta módicamente ritmada. Pero cuando se traspasan unos umbrales más infrecuentes, cuando sus jambas portan los signos propios de las instituciones como la oficina, el hospital, la escuela, el establecimiento comercial, entonces el estremecimiento es tan enérgico que consigue materializarse en un pasaje, en un cambio de investiduras, en una mutación de escenarios. Así es que el cuerpo muda sus investiduras y toma sentido performativo el vivir social: se pasa de anónimo transeúnte a personalizado cliente, paciente, alumno... Mediante los pasajes se modula de modo discreto los papeles en la dramaturgia social. Pero hay, señalados de modo enfático en la vida de cada urbanita, ciertos pasajes que se magnifican en rotundos ritos de paso, en donde se transforman no ya meramente las investiduras funcionales del cuerpo de los urbanitas, sino su condición social relativa. Esto, cuando la trasposición del umbral de la escuela puede inaugurar o concluir el ciclo escolar, cuando el atravesamiento inicia o termina una relación laboral, cuando el cruce adviene definitivo y terminal sobre el propio ser social y el cuerpo afronta de modo ineludible lo Otro.

La arquitectura de la ciudad es, en definitiva, una propagación propositiva de umbrales. La realidad concreta de lo urbano es el flujo ritmado que los atraviesa de un modo tan heteróclito como ordenado. La comprensión profunda y operativa de esta constatación aún no ofrece la totalidad del esclarecimiento necesario. Pero es dable intuir que mientras que la apertura de los umbrales es una condición de derechos humanos al habitar y una oportunidad al ejercicio de la libertad de los cuerpos, las restricciones que restringen su traspaso son signo de que una ominosa ciudad de enclaves consigue enajenar el lugar urbano a sus urbanitas (Stavrídes, 2016, pág. 353).

Mientras que la práctica corporal del andar constituye un modo primigenio del habitar, a su vez que la práctica de la estancia supone una potente representación en el imaginario corriente al respecto, la práctica de los umbrales carga con un sentido aún por desvelar en toda su magnitud. Se puede sospechar que con esta última operación se consuma una suerte de síntesis superior del habitar del ser humano: porque la habitación de los umbrales conectaría con una profunda condición liminal. *“La liminalidad, la experiencia de ocupar temporalmente un territorio intermedio, nos ofrece la imagen alternativa de una espacialidad de emancipación.”* (Stavrídes, 2016, pág. 800). En cada atravesamiento, en efecto, con el estremecimiento más leve, nos acucia la posibilidad de, ahora sí, cumplir a cabalidad con un destino de existencia situada que con nuestro erguirnos y echar a andar no ha hecho más que comenzar.

El cuerpo objeto de amenazas, escrutinios e injurias

Si en el apartado anterior hemos examinado las prácticas corporales en que se despliega el habitar urbanita, debemos ahora examinar de modo crítico los modos en que la conformación contemporánea de nuestras ciudades afrenta tales prácticas, constituyendo un marco inhóspito para el despliegue adecuado, digno y decoroso de la vida urbana. Estos agravios tienen destino ensañado con el cuerpo y sus goces. Es así como el desenvolvimiento de la vida social en las ciudades y el ejercicio del poder económico y político se prodiga en amenazas, escrutinios e injurias sobre los sujetos urbanitas, que se resignan de mala gana a padecer antes que a disfrutar la que constituiría la mayor y más sofisticada obra de arte social de la humanidad.

Un orden social de incertidumbres generalizadas se proyecta sobre los territorios urbanos habitados arrojando sombras de amenazas de toda índole por sobre las cabezas de los urbanitas. La entrevisión del futuro se hace cada vez más incierta y nuestras más

prudentes previsiones son desbaratadas como ilusiones ingenuas ante los embates de las sucesivas crisis económicas. Son tiempos difíciles para la confianza en sí mismo y en los demás. Si en la Edad Media el antiguo adagio *Stadtluft macht frei* (“el aire de las ciudades te hace libre”) tuvo en su oportunidad un cierto sentido, en la actualidad ha devenido en la realidad desoladora de una atmósfera irrespirable donde muchos de los nuestros constituyen sobrantes sociales que son libres sí, pero para dormir a la intemperie... Cuando las sendas urbanas ya no llevan a ninguna parte, cuando los diferentes ámbitos se van clausurando de modo privativo, queda el postrero gesto de ser expulsado impiadosamente a través del último de los umbrales, en dirección a un no-lugar infamante.

“Sociedad del riesgo” es la designación con la que Ulrich Beck caracterizó a las sociedades contemporáneas (1998). En ellas, señala Zygmunt Bauman, la vida que llevan los sujetos es una vida donde las ideas de controlabilidad, certidumbre, seguridad y previsibilidad han colapsado irreversiblemente (2003). Incluso, el avance hacia estadios de cálculos más precarios, provisorios e ineficaces hace que Michel Kokoreff hable de “sociedades de incertidumbre” (2006). Es que el tipo de sociedad que se ha configurado en esta fase de la modernidad avanzada, que algunos califican como modernidad tardía, reflexiva, y Bauman como modernidad líquida (2005a), es una en la que la incertidumbre se ha difuminado en todas sus capas. (Borghi, 2009, pág. 23)

Un marco social de incertidumbre proyecta desasosiego y violencia en los ánimos de los urbanitas. En tal contexto, cualquier evento se vuelve una amenaza y la presencia del Otro se reduce a una sospechosa figura del temor difundido por toda la escena. El cuerpo de los urbanitas se repliega sobre un miedo que lo espanta del espacio público y lo confina en los enclaves presuntamente a salvo. Los sujetos se ven impelidos por fuerzas de mutua y torva repulsión y la figura del prójimo se deslíe sustituida por la del potencial antagonista.

El desasosiego generalizado prodiga los escrutinios alarmados sobre las conductas. Así, las miradas urbanitas se debaten entre la furtividad, la desconfianza y la pesquisa:

La mirada es, hoy, la figura hegemónica de la vida social urbana. Simmel ya lo había sentido, a comienzos de siglo, cuando señaló que «si se comparan las relaciones entre los hombres de las grandes ciudades con los de las pequeñas, aquéllas se caracterizan por una marcada preponderancia de la actividad de la vista por sobre la de la audición. Y no sólo porque en las ciudades pequeñas los encuentros que se producen en la calle son, casi

siempre, con personas conocidas con las que se intercambia una palabra, y cuyo aspecto reproduce toda la personalidad —no solamente la personalidad aparente— sino, ante todo, a causa de los medios de transporte público...». (Le Breton, 1990, pág. 118)

En efecto, las miradas se deslizan, solapadas, para inquirir en los signos sociales de la condición, talante y actitud de unos extraños que tanto pueden resultar indiferentes y anónimos, así como inquietantes. Se despliega todo un acecho de inquisiciones que se apresuran frenéticas a adelantar un juicio sumario sobre el aspecto de los Otros: hay un cuidado meticuloso por guardar las mayores distancias para que toda tentativa de entablar una mínima conversación deba ser anticipada con una meticulosa etiqueta de autopresentación circunspecta. El imperio generalizado de la mirada vigilante se confía ahora al escrutinio de las cámaras policiales, omnipresentes y nada disimuladas. La constatación de su presencia le recuerda al espionado la omnisciencia de la pesquisa sobre la vida social.

Tanto ha avanzado la incertidumbre y tanto ha proliferado la mirada inquisitiva del poder, que ha conducido a la espacialización operativa en desmedro de la referencia al lugar urbano. Mientras que los urbanitas aún integrados esquivan los bultos de las personas sintecho en las aceras y las plazas, contemplan en estas escenas infamantes el espejo aciago que les revela que, así como van las cosas, cualquiera de nosotros puede terminar sin lugar en la ciudad. Los urbanitas de apenas ayer bien han podido mencionar sus ciudades como cosa propia: *la ciudad en que habito, mi ciudad*. Pero hoy es del todo inseguro para cada cuerpo referirse así a donde hoy con sus pasos; el aquí del urbanita es provisorio, endeble, el ahora se vuelve difícil de proyectar hacia el futuro.

El sujeto cuerpo se erige en expresión de una forma peculiar de desanclaje. Así, la lógica corporal dominante es la de estar fuera de lugar sin haber sido buscada por el sujeto sentimiento. La corporeidad (el sujeto cuerpo) de manera no prevista ha quedado localizada en un lugar en el que, por contraste, expresa la transgresión de códigos sociales anclados en el lugar y su gente. Un ejemplo de este tipo de sujeto cuerpo y sentimiento aparece en numerosos estudios de Geografía de Género en los cuales se pone de relieve la localización coyuntural inadecuada del cuerpo femenino o bien del cuerpo femenino con ciertos atributos, por ejemplo, étnicos, aunque también pueden ser de otra naturaleza (Brooks Gardner, 1994). La corporeidad es vista por los otros como lo que está fuera de lugar y eso desencadena mecanismos interaccionales de exclusión y expulsión del lugar. La lógica espacial es de estar fugazmente en un lugar muy demarcado y que ha sido simbólicamente asociado a cierto particular tipo de sujeto diferente del sujeto cuerpo en posición fuera de lugar. La temporalidad suele ser fugaz, precisamente por los

mecanismos de exclusión y expulsión que presionan al sujeto cuerpo para salir del lugar y del campo visual de los otros. (Lindón, 2009, pág. 15)

De todas las injurias que la ciudad contemporánea le inflige a sus urbanitas la mayor y constitutiva es desanclar el cuerpo de su lugar. Los cuerpos urbanitas son pasibles de la condena terminante de estar fuera de lugar. Territorio abusivamente espacializado en beneficio de la explotación e intercambio mercantil, la ciudad se escabulle bajo nuestros pies. Se nos escamotea así un recóndito reducto de derecho a la ciudad: todos podemos quedar, en efecto, fuera de lugar, a excepción de los enclaves de producción y a los de consumo. Y entre éstos, es menester circular rápido y furtivo de unos a otros...

Las amenazas, escrutinios e injurias terminan por sintetizarse, en el cuerpo de los urbanitas, en lo que se ha dado en llamar el urbanismo del miedo:

Conforme la mercancía alcanza espacios más recónditos y banales, más enfrentamos la realidad social de forma individual, solitaria y autista. Conforme más enclaustrados aparecemos en nuestras realidades privadas, cada vez más alejadas de intrusiones en la privacidad por parte de otros individuos y cada vez más vulnerables a las intrusiones desde diferentes tipos de poderes económicos, políticos y mediáticos, más se deterioran el complejo conjunto de relaciones sociales que resultaban fundamentales para la subsistencia en el pasado. Esto facilita en extremo la aparición del miedo al otro, como proceso social fundamental para la aceptación del control y la pérdida de libertad. El otro que no comprendemos, que nos es ajeno, con el que no podemos identificarnos y que, por desconocido, resulta incierto en sus móviles y carga consigo un potencial de agresión, una amenaza constante. El otro por excelencia ha sido y sigue siendo los "más pobres que nosotros", algo que muy comúnmente se ha combinado con la raza, dado que ésta se convierte en un factor de identidad y permite negar la comunión de forma rápida y sencilla. (Díaz & Honorato, 2011, pág. 65)

Una vez que lo Otro es extrañado de la experiencia vital urbanita, el miedo se aposenta a sus anchas en los cuerpos. Así es que deambulamos por la ciudad: furtivos, timoratos, desconfiados. Así es que nos enclaustramos en los últimos reductos que creemos a salvo: el lecho, el sillón frente a las pantallas, el falso cielo de los centros comerciales. Así es que dejamos que se clausuren los umbrales urbanos, con el mezquino consuelo de cerrar los nuestros ante las amenazas de cualquier parte. Preferimos soslayar que la pobreza infamante siempre opera de modo relativo y así como un sujeto humilde lo es para nosotros, a su vez, nuestra propia presencia puede constituir una irrupción de sospecha en otros más aventajados. Con el imperio de esta sinrazón

generalizada, terminamos sumidos en un caldo ominoso de odio y temor de donde todo el mundo quisiera fugar. Es que esto ya no es vida.

El cuerpo de los urbanitas se debate, como Asterión, confinado en su propio laberinto. Portador de una condición culposa que no puede explicar ni comprender, el cuerpo apenas deambula a tientas, apenas si se recoge exhausto cada tanto, y busca torpemente el umbral de una condición existencial que nunca termina por definir. Cabe pensar si acaso no le hiciera falta al cuerpo urbanita un espejo que revelara, por fin, su real constitución.

Bibliografía

- Benjamin, W. (1982 / 2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Borghi, F. (2009). Cuerpo y subjetividades en las sociedades de la incertidumbre. En C. Figari, & A. Scribano (Edits.), *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica* (págs. 23-34). Buenos Aires: Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad.
- Casanova Berna, N. (2021). Errancias, estancias, atravesamientos: ocurrencias urbanitas. *Locus*, 61-68. Obtenido de <https://renaseh-odhva.org/wp-content/uploads/2021/12/REVISTA-LOCUS.pdf>
- Díaz, I., & Honorato, C. (2011). El urbanismo del miedo y la sociedad contemporánea. *Viento Sur*(116), 58-66.
- Le Breton, D. (1990). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2000). *Elogio del caminar*. Barcelona: Siruela.
- Lefebvre, H. (1968 / 2020). *El derecho a la ciudad*. Madrid: Capitán Swing.
- Lindón, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Cuerpos, emociones y Sociedad*(1), 6-20.
- Stavrídes, S. (2016). *Hacia la ciudad de umbrales*. Madrid: Akal.

Fecha de recepción: 4 de octubre de 2023

Fecha de aceptación: 25 de octubre de 2023